

† JOSE MANUEL PABON (25-XII-1892 - 16-XII-1978)

Acabamos de perder al profesor Dr. D. José Manuel Pabón y Suárez de Urbina, catedrático que fue de la Universidad de Madrid, Consejero del Superior de Investigaciones Científicas y Patrono de Honor de la Fundación Pastor de Estudios Clásicos. Iba a cumplir ochenta y seis años. Una larga vida de estudio, docencia y hombría de bien.

Sus amigos más íntimos —y yo tuve el honor de pasar a esta situación de la de discípulo preferidísimo por él— podíamos, a través de los recuerdos personales de que tantas conversaciones suyas, hasta en sus últimos meses, se esmaltaban, reconstruir bien su recta, honesta trayectoria vital. Su nacimiento y niñez en Sevilla; todavía no hace muchos años tuve la suerte de recorrer con él las calles de nuestra ciudad natal y escuchar su bella y nostálgica evocación de los tiempos infantiles. Los veranos pasados en Villanueva del Río, entre la sierra de Cazalla y los llanos de Carmona, en cuyos frescos sotos cantaban por la mañana la totovía y el rabicandil cuyos trinos nos dejaban escuchar retrospectivamente sus hermosísimos versos. La convivencia juvenil con sus hermanos, entre ellos Jesús, otro hombre honrado, el que fue gran historiador y pudo haber sido gran gobernante, cuya muerte hace tan poco tiempo llorábamos. El Bachillerato humanístico en el Puerto de Santa María; la carrera en Sevilla y Granada. Las oposiciones a cátedras de Instituto y su desempeño, siendo muy joven, en Zaragoza y la señorial Baeza. En esta última ciudad contrajo lazos afectivos que habían de llevarle posteriormente al matrimonio; allí también percibió la aún viva estela personal dejada en Instituto y ciudad por Antonio Machado. Luego la Universidad y la cátedra de Lengua y Literatura Latinas de Salamanca, que ocupó durante algunos años. También fueron muchísimas las ocasiones en que le oí hablar de su estancia salmantina y de sus amigos de allí: Ramos Loscertales, José Antón Oneca; el entrañable José Camón, con quien hizo un inolvidable viaje a Italia; y, claro está, D. Miguel de Unamuno, que fortaleció con alentadoras palabras al joven catedrático cuando éste vacilaba ante los problemas del nuevo puesto.

Vino después una creo que meteórica estancia en la Universidad de Granada; entre tanto, el indudable acierto del maestro D. Ramón Menéndez Pidal con la creación, en el seno del Centro de Estudios Históricos, de una sección de estudios clásicos; y, en la época republicana, la no menos fecunda iniciativa, que ojalá hubiera tenido continuación en las décadas subsiguientes, en virtud de la cual se llamó a algunos distinguidos profe-

sionales de la enseñanza y la investigación para que, sin pérdida de su condición de catedráticos, pudieran dedicarse con más tiempo y mejores medios a realizar tareas científicas en aquel organismo que con tanto entusiasmo se fundaba. Así Pabón permaneció durante un cierto tiempo en Madrid hasta que la contienda dispersó, siquiera fuese provisionalmente, a los estudiosos que apenas acababan de concentrarse en torno sobre todo a la revista *Emerita*.

Durante la guerra estuvo en Madrid primero y más tarde en Valencia, defendiéndose como podía en aquellas terribles circunstancias en que, no obstante, le fue dado todavía desempeñar en cierto modo su labor magistral; y en 1939 pudo incorporarse plenamente a Madrid y a sus nuevas funciones en lo que era ya Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de cuyo Instituto "Antonio de Nebrija" fue vicedirector algún tiempo, y en la Universidad de Madrid.

En ella ocupó al principio la cátedra de Lengua Griega, donde tuvimos la suerte de ser sus alumnos muchos de quienes luego hemos enseñado a nuestra vez contando siempre con su amistad y sintiéndonos herederos de su magisterio. Poco después, una vez transcurrido el período inicial en que, a causa de la muerte de prácticamente todos los titulares de la materia en España, Pabón vino a llenar de modo perfecto la laguna que le hacía más útil a la sazón en la docencia del griego que en la del latín, no vaciló, cuando las enseñanzas podían quedar ya encomendadas a claustrales más jóvenes, en dar otra prueba de espíritu de servicio y amor ante todo a la ciencia pasando nuevamente a su primitiva cátedra, llamada entonces cuarta de Filología Latina, en la que había de explicar, con asiduidad y eficacia ejemplares, hasta su jubilación en 1962. Estos años fueron totalmente consagrados, con elegante apartamiento del tráfigo profesional no moral y legalmente obligatorio, a la Universidad y al silencioso trabajo personal; y, si en algún aspecto pudiera merecer su vida irreprochable una leve y amistosa censura de quienes le queríamos, sería precisamente porque se retiró demasiado pronto de los puestos directivos dejando huérfanos a sus amigos de las cualidades que tanto necesitábamos: su moral exigentísima teñida siempre de una gran bondad; su equilibrio espiritual, en que alguno de nosotros, pensando en su filiación andaluza y aun en su aspecto físico, veía huellas de senequismo de la mejor ley; y su profundo sentido de lo que debe ser y no siempre es el menester universitario. Quienes hemos tenido que realizar funciones en que Pabón habría actuado mucho mejor que nosotros, le hemos echado de menos extraordinariamente en estos años y hemos buscado siempre su consejo en los problemas de la vida privada y pública.

Dediquemos ahora unas palabras a sus libros y artículos, que ya solos le harían merecedor de este homenaje: no tan notables por el número —pues Pabón fue siempre uno de esos espíritus selectos que prefieren la calidad a la cantidad— como porque, enfocados hacia campos muy diversos del Humanismo y acrisolados por una gran perfección de fondo y forma, nos han servido siempre a todos de acicate y ejemplo.



En el campo concreto de la pedagogía tenemos muy interesantes aportaciones. Citemos *La enseñanza del latín en España* (Bol. Univ. Gran. XXI 1932, 397-412) o *Les études latines dans le monde. En Espagne* (Rev. Et. Lat. XII 1934, 40-45) o bien *La enseñanza de las lenguas clásicas en Europa* (Rev. Nac. Ed. I 1941, 43-49). En estos tres artículos, publicados a lo largo de nueve años, hallamos otras tantas interesantes facetas del mundo en que nuestro maestro de humanistas se movía por entonces.

El mayor logro didáctico de Pabón iba, sin embargo, a producirse no en este ámbito, menos llamado a influir directamente sobre los estudiantes, sino en el hecho concreto de la publicación (Barcelona, 1943, con infinitud de reediciones y reimpressiones sucesivas) del *Diccionario griego-español* de José Manuel Pabón y Eustaquio Echaury. Este léxico, del que fue parte tan esencial la labor de Echaury, gran humanista y singular persona a quien de modo entrañable conmemoró el propio Pabón a su fallecimiento (*Est. Cl. II* 1953-1954, 41-42), ha venido constituyendo desde entonces, y cada vez más depurado a través de las sucesivas ediciones, un instrumento imprescindible no sólo para los principiantes en la lengua helénica, sino para todo el que, incluso en edad adulta y por sí solo, ha querido adentrarse en sus misterios. Realmente no quisiéramos que nos cegara la pasión de modestos colaboradores en la obra al manifestar nuestra creencia de que éste, tan popular en el mundo escolar, fue el mejor del nutrido grupo de léxicos surgido al calor de los nuevos planes. Además, Pabón, que tendía por naturaleza hacia lo perfecto y acabado, no se cansó jamás de renovar, añadir o matizar mejor en cuanto a lemas y acepciones, hasta el punto de que, transcurridos bastantes años desde la muerte de Echaury, la editorial entendió que, restando ya muy poco de la primitiva redacción en la obra, ésta podría convertirse, con tipografía más moderna y presentación menos modesta, en lo que hoy es *Diccionario manual griego-español* de José Manuel Pabón, cuyas ediciones comienzan ya a multiplicarse desde la primera, aparecida en Barcelona, 1967.

Dignos también de extremada atención son sus esfuerzos por aunar las literaturas clásicas con las modernas en excelentes trabajos de que había de ser nuncio, siendo él todavía muy joven, el ensayo sobre *Las noches* de Alfredo de Musset publicado en 1914 por una revista juvenil de la Universidad de Sevilla titulada *Alma mater*. Y es más lo que de él habríamos esperado: es lástima, por ejemplo, que no nos regalara con nada escrito acerca del mundo clásico de Leopardi, autor de su predilección sobre quien le oímos cosas muy sugestivas. Porque es aportación muy positiva a este fértil campo del Humanismo comparado, por ejemplo, el artículo sobre *Las primeras traducciones españolas de Salustio* (*Emerita XX* 1952, 413-422), que establece sin lugar a dudas la dependencia de la versión de Vidal de Noya con respecto a la de Vasco Ramírez de Guzmán. E igualmente debemos agradecer que la afición de Pabón hacia la Literatura alemana, y de modo concreto hacia la espléndida generación de los prerrománticos, nos haya deparado estudios tan interesantes como su tesis doctoral, que dio lugar al artículo *Algunas influencias del "Fausto" de Goethe en España* (*Rev. Univ. Zarag. IV* 1927, 3-22 y 297-321), y dos verdaderas joyas literarias:

la traducción bilingüe (Barcelona, 1944) de las *Baladas* de Schiller y la versión de trozos selectos del mismo autor, hecha en colaboración con Salvador Fernández Ramírez, otra alma gemela de Pabón en cuanto a sabiduría y modestia, y publicada en Barcelona, 1951. Basta con acercarse a la cuidadísima lengua de estas traducciones para darse cuenta de todo lo que debemos a sus autores en un aspecto que con frecuencia se descuida o menosprecia en nuestras Secciones de Filología Clásica. Lo cual no puede extrañarnos, por lo que toca a Pabón, en un poeta nato, cuyos *Poemas de la ribera* (Barcelona, 1940) recibieron sinceros elogios nada menos que de Dámaso Alonso, su compañero de fatigas en la Valencia bélica.

En la misma esfera de acción podemos situar la publicación (Madrid, 1957) de la conferencia dada sobre *Menéndez Pelayo y la poesía clásica* en la Universidad de Madrid con ocasión del centenario del nacimiento del eximio polígrafo. El conferenciante, gran conocedor de la obra crítica de D. Marcelino, se enfrentó con un doble tema extremadamente fértil en sugerencias: la valoración estética de los poetas clásicos por parte de Menéndez Pelayo y sus intentos de traducción de autores griegos, especialmente las dos tragedias de Esquilo que vertió como aportación al fracasado proyecto común del que Valera iba a ser animador y colaborador.

Pero en el campo concreto de la Filología latina es donde nuestro maestro ha obtenido mayores logros. En *Emerita* (I 1933, 78-101 y II 1934, 1-44) podemos leer un largo y documentado estudio *Sobre la tradición del texto de Salustio* en el que, con deseo de dar a conocer ante el extranjero nuestros valores ocultos, se expone la posibilidad de un mejor aprovechamiento crítico del manuscrito escurialense L-III-10; y lo mismo sucede con la más breve nota *Un "mutilus suppletus" de Salustio* (*ibid.* II 1934, 257-262), dedicada al análisis y comentario del manuscrito M-III-11, de idéntica procedencia. Poco más tarde (*ibid.* IV 1936, 11-23) se publica *Más sobre el epodo IX*, inteligente enfoque de esta poesía horaciana con la audaz, pero bien defendida hipótesis de que el autor pudo haber asistido personalmente a la batalla de Accio. *El griego, lengua de intimidad entre los romanos* (*ibid.* VII 1939, 126-131) nos asoma a un punto muy curioso y no demasiado conocido de la vida y cultura de la urbe. Y con ello no nos extraña que, por las mismas fechas y algo después, estos estudios preliminares hayan florecido en libros importantes dentro de nuestras Humanidades clásicas. Así las ediciones de Salustio: en primer lugar, la *Conjuración de Catilina*, solamente texto y notas, que aparece publicada por el C. S. I. C. en 1942 y 1945, así como los tomos I-II (*Catilina y Jugurta*) de la bilingüe de Alma Mater, que vieron la luz, respectivamente, en Barcelona, 1954 y 1956. El conocimiento de la literatura latina de que estas obras dan fe es muy grande, y lo propio cabe decir del capítulo *La literatura hispano-latina. Escritores paganos*, que puede hallarse en las páginas 523-544 del tomo II de la *Historia de España* dirigida por D. Ramón Menéndez Pidal (Madrid, 1955). Nadie, en fin, de entre nosotros ha olvidado la magnífica ponencia sobre Marcial publicada en las páginas 401-425 de las *Actas del I Congreso Español de Estudios Clásicos* (Madrid, 1958), en la cual no se sabe qué apreciar más, si la ágil galanura con que está es-

crita o el profundo conocimiento de la excepcional figura del poeta antiguo que en ella campea. Algo parecido sucede con el artículo *Recordando a Cicerón*, escrito para *Arbor* (XLII 1958, 329-356) con ocasión del bimilenario. Pero lo que en nuestra opinión refleja mejor la talla extraordinaria de la figura filológica de D. José Manuel Pabón es otra publicación conexas con esta conmemoración, la *Pro P. Cornelio Sulla oratio* publicada (Milán, 1964) por el "Centro di Studi Ciceroniani". Este no se equivocó al acudir espontáneamente al modesto retiro del tan mal buscador de estos honores para proponerle tal labor: por la impecable técnica editorial, por el hábil empleo de los mejores medios de trabajo, por la inagotable paciencia con que el material manuscrito fue acopiado y utilizado, el breve, pero perfecto opúsculo quedará en la colección como un hito definitivo.

Pabón se permitió frecuentemente incursiones en la Lingüística con la autoridad que le daba su sobresaliente conocimiento del latín. En 1933 (*Emerita* I 135-143), unas *Notas de sintaxis latina*, de las cuales la primera toca un uso concreto del imperfecto en la oda I 37, 4 de Horacio y la segunda, referente al empleo de *ut* con verbos de temor, se ha erigido en doctrina ampliamente recogida por la fundamental *Lateinische Syntax und Stilistik* de Hofmann-Szantyr (Munich, 1965). En 1955, una nota escrita en colaboración con José Vallejo, *A propósito de dos publicaciones recientes sobre sintaxis griega y latina* (*Emerita* XXIII 285-294), en la que Pabón (págs. 289 ss.) comenta sagazmente los problemas planteados por una obra que llamó mucho la atención por entonces: la de la Srta. Hahn titulada *Subjunctive and Optative. Their Origin as Futures* (Lancaster Pa., 1953).

Como tantas veces ocurre, también en D. José Manuel la madurez llevó consigo ahondamiento y perfeccionamiento en las técnicas. Uno de los más importantes trabajos publicados por él es el titulado *Sobre los nombres de la "villa" romana en Andalucía* (*Estudios dedicados a Ramón Menéndez Pidal* IV, Madrid, 1953, 87-166). Quien se haya asomado al Corominas habrá reparado en que allí se hace abundante uso de los datos cuidadosamente aportados por Pabón. Es un artículo que le llevó largo tiempo: en nuestras visitas, nunca tan frecuentes como él y yo habríamos deseado, pudimos seguir muy de cerca, a lo largo de varios meses, su elaboración llena de escrupulosidad y espíritu científico.

Hemos dicho que fue durante unos años catedrático de griego. Tampoco en este campo permaneció inactivo. Aun prescindiendo de su citado diccionario, habría que mencionar con encomio su edición con notas del libro II de Tucídides (C. S. I. C., Madrid, 1946). El texto no contiene al parecer novedades con respecto a otras, pero quien lo colacione con cuidado descubrirá, como notable faceta del carácter de D. José Manuel, que ha deslizado modestamente enmiendas de su cosecha sin anotación alguna por temor a error o a repetición de algo ya dicho.

Hablaremos también muy de pasada, pues nuestra calidad de colaboradores nos veta todo juicio crítico, de las dos ediciones platónicas (*La*

república, Madrid, 1949, y *Las leyes*, 1960) que el desgraciadamente extinto Instituto de Estudios Políticos ofreció al público en versión bilingüe. Bien podrá comparar estilos y calidades, y no en mengua del llorado amigo, el curioso lector que se asome alternativamente a sus páginas y a las mías.

No podía faltar entre las producciones de Pabón un capítulo bíblico; por ser él hombre de tan acendrada y verdadera espiritualidad y por dominar magistralmente el castellano estaba naturalmente llamado a encargarse de la traducción de los originales griegos de *La Santa Biblia* editada en colaboración con su gran amigo, el catedrático de la Universidad de Madrid D. Francisco Cantera, y publicada por la editorial Planeta en Barcelona, 1963.

Homero ha sido siempre una de las personalidades literarias más veneradas por Pabón. A este respecto, además de un pequeño artículo que publicó *ABC* (13 de mayo de 1962) en el número conmemorativo de la boda de los entonces príncipes (*Homero y Aristóteles en un cuadro de Rembrandt*), lo que ha producido mayor impacto en el campo de los estudios de este tipo, especialmente en España, ha sido su librito *Homero*, que formaba parte (Barcelona, 1947) de la serie "Clásicos Labor". Consta, como todos los de ella, de un estudio preliminar más trozos traducidos de la *Iliada* y *Odisea*. Del estudio, bellísimo, nos gustaría recalcar, por ejemplo, el tratamiento sumamente personal y muy completo, sin mengua de la brevedad, que se da a la cuestión homérica. Las traducciones están hechas en prosa tersa y muy evocadora del original. Pero lo que interesa más es un apéndice (págs. 197-210) donde el autor ofrece al público las primicias de un nuevo sistema de traducción castellana de versos hexamétricos, que pareció un acierto al llorado D. Daniel Ruiz Bueno, extraordinario traductor también, porque, como éste decía con gracejo, *el solo propósito de hablar la lengua del ritmo pone al traductor en estado de gracia poética*. Así, en efecto, ocurría con las bellas versiones de Pabón, que además hizo escuela. Un fiel alumno suyo que murió muy joven, Antonio González Laso, se lanzó a seguirle; y más tarde fui yo quien, en los últimos años, vino intentando imitar su método en el grado en que pueda hacerlo un discípulo. Nuestras conversaciones y discusiones sobre el tema han sido infinitas y nos han hecho gozar muchísimo a lo largo de los años, aunque, por desgracia, el tipo de vida ajetreada en que nos vemos metidos casi todos hoy me ha privado de muchas horas de delicia ahora ya irrecuperable. El, por ejemplo, optaba siempre por el hiato, mientras yo prefería la sinalefa, cosa después de todo lógica en personas de temperamento pausado como el suyo y arrebatado como el mío. Yo resulté un hereje, si puede decirse así, de su método cuando lo relajé hasta admitir inicios sin ninguna sílaba átona de anacrusis mientras él, poniéndose las cosas más difíciles, terminaba por rechazar no sólo estos versos, sino también los de una sílaba de anacrusis restringiéndose a los de dos, con lo cual establecía en realidad un verdadero verso español de dieciséis sílabas; y otras menudencias que sería prolijo contar.

Humanitas, es bien sabido, no significa solamente "cultura", ni siquiera "humanismo", sino también "cualidad de hombre bueno". Y eso lo fue superlativamente quien hoy se nos ha ido. Generoso de su persona, de su consejo y ayuda; genuinamente modesto en su desdén, nunca ofensivo para los demás, hacia la bambolla, el autobombo o los bombos mutuos; capaz de buscar silenciosamente mayor concentración en el trabajo y la vida familiar. Al jubilarse rehuyó aparatosas despedidas u oficiales homenajes; no buscó distinciones ni medallas; y nunca, nunca se quejó de nada.

Porque, como sucede con los hombres de su talla, su mundo espiritual le compensaba de todo. Ultimamente tenía ya terminada su *Odisea* rítmica, que debe sin falta aparecer pronto. Sus allegados nos empeñábamos en lograr que el autor nos entregara el original, pero D. José Manuel no acababa nunca de hacerlo. Faltaba por añadir una nota, o por pulir una aspereza, o por eliminar una cacofonía. Trabajo no ya de buen artesano, sino de finísimo orfebre. A quienes le observábamos decaer en salud y avanzar en años nos preocupaba la posibilidad de que el traductor no viera su libro impreso. Y, aunque no se lo decíamos, él lo entendió, y un día del verano pasado, el último en que le vi vivo, terminó por decirme: "Es que ahora no pienso más que en Dios". Medía ya la vida, su trajín y sus vanidades con la escala infinita de la eternidad.

Al día siguiente de su muerte le enterramos en la vieja y noble Sigüenza que le enseñe a querer y en que afincó para siempre. El viento serrano le cantará dáctilos y espondeos en las frondas del vecino pinar. Y su "Odisea", será póstuma para nosotros, pero no para él, pues pasado, presente y futuro serán contemplados como una sola cosa por su alma cristianísima liberada ya de este valle de lágrimas. Descanse en paz¹.

M. F. G.

1 Se nos perdonará que, en nuestro deseo de ofrecer completa la figura del hoy fallecido, hayamos repetido algunos párrafos de nuestra introducción a su versión de cuatro cantos de la *Odisea*, que apareció en los suplementos de esta revista, segunda serie de traducciones, núm. 7 (Madrid, 1969).